



"Cuentos de Pasolini", de Sergio Citti.

gún espectador pique cuando se les da gato por liebre. Con ello, es probable que consigan aumentar los ingresos de taquilla en alguna mínima proporción, pero sin duda consiguen disminuirlos a la larga por el cansancio que el indefenso espectador acaba sintiendo ante tanto engaño. Si teníamos recientemente el hábil giro de títulos en películas japonesas que quieran disfrazarse de "El imperio de los sentidos" —retenida por la censura ucedea—, con aproximaciones del tipo "El imperio de la pasión" o "El abismo de los sentidos", nos llega ahora una película de Sergio Citti titulada originalmente "Storie Scellerate", que aquí se convierte en "Cuentos de Pasolini" con el agravante de que el nombre del desaparecido director aparece anunciado en descomunales letras de molde bajo un imperceptible textito justificador que dice "un film escrito por". Cualquier espectador poco avisado creará por efectos visuales que se encuentra ante una nueva película del auténtico Pasolini. La misma operación se hizo en España con el estreno de la obra anterior de Sergio Citti, "Ostia"; la confusión llegó al extremo de que algún crítico la adjudicaba limpiamente a Pasolini, cuando él, realmente, no fue más que colonista.

Los "slogans" publicitarios abundan en el engaño al decir, por ejemplo: "Pasolini todavía tiene algo que contarnos". "Cuentos pasolinianos que se engarzan por derecho propio con los de 'Decamerón', 'Canterbury' y 'Mil y una noches'", "El genio inmortal de Pasolini está presen-

te en cada uno de estos cuentos", etcétera. Tosca maniobra, engaño de plaza de pueblo donde se vende colonia por eficaz crecepelo. Porque estas "Storie Scellerate" no tienen que ver con el auténtico Pasolini. Sería muy sencillo reducir la figura del genial director a un esquema narrativo. Habla algo más que una fórmula en el cine de Pasolini: habla lento. Sergio Citti, sin embargo, por muy estrecho colaborador de Pasolini que fuera, no tiene altura suficiente y lo que en manos de su maestro se transformaba en poesía, en humor, en militancia, aquí no sobrepasa los estrechos límites de la bufonada. Consigue Sergio Citti que echemos de menos a quien él quiere imitar. Su culpa, sin embargo, se limita a falta de sensibilidad. La manipulación no es algo suyo, sino de nuestros torpes comerciantes. ■ D. G.



MUSICA

El ejemplo de La Bullonera

La canción popular española va renovándose, a trancas o a barrancas, y bien que les pese a sus detractores. Desde estas páginas hemos defendido repetidamente tal renovación, por considerarla absolutamente indispensable a nivel artístico y no menos necesaria a nivel testimonial, sociopolítico. Por ello, cuando los

discos y los recitales comienzan a dar fe de estos cambios, es tanto más indispensable realzarlos como merecen. Mientras que las "nuevas olas" anglosajonas siguen rompiendo en nuestras ciudades, para ofrecernos, en la inmensa mayoría de las ocasiones, tópicos sonoros ya cien mil veces oídos, y, de paso, arrojarnos una dosis más o menos pegajosa de colonialismo cultural... mientras todo ello ocurre en favor de una presunta y nunca bien aclarada "contracultura", pasto de la moda por la moda, los experimentos, trabajos, desgracias, posibilidades, limitaciones, los músicos nuestros son sistemáticamente olvidados. Olímpicamente ignorados. ¿A favor de quién o de qué va esta "pólitica" crítica y cultural?

El último ejemplo lo ha ofrecido el grupo aragonés La Bullone-



La Bullonera.

ra. En su actuación de hace unos días en Madrid, para presentar los temas de su tercer LP, mostraron los resultados de una decidida transformación formal y la inequívoca sensación de un trabajo profundo y serio para hacer su labor cada vez más digna y válida. Un dúo que era meramente "guitarrero" se ha convertido en un más amplio colectivo, donde se da peso a lo acústico e, incluso, a lo electrificado en ocasiones, buscando, con todo ello, una mayor riqueza armónica, una más grande diversificación sonora, una más compleja elaboración formal. Sin tener que perder, por ello, sus esencias virtuales de voces de una tierra,

de un país, de un pueblo y de una clase trabajadora. Que son los nuestros, por añadidura. Tanto más agradable la mejora cuanto que este grupo tenía como máximos defectos anteriores una cierta complacencia en lo fácil del pareado o en lo simple del acorde repetido una y varias veces. La Bullonera, por añadidura, sigue cantando jotas y ritmos tradicionales de Aragón, pero, por lo visto y oído (a pesar de las deficiencias técnicas de sonido en el recital), hay un espíritu y una intención nuevas para esos temas. Y un camino de insospechadas posibilidades se abre así para el grupo. ■ ALVARO FEITO.



Me voy a ver otra vez a "las glorias" de Kreisler... me dije el lunes por la mañana, pensando que tenía que hacer mi pequeña crónica de las exposiciones que tienen abiertas los dos Kreisler —el Uno y el Dos: el de Juan y el de Jorge—, exposiciones que ya conocía, pero siempre vale la pena repetir un conocimiento si se va a escribir algo sobre ellas. Pero... "Cerrado". Es que era lunes por la mañana... Y ayer, martes, ni siquiera fui. Era la fiesta del trabajo. Estaba muy hermosa la mañana, por las cercanías de mi casa, con la riada de gente trabajadora que pasaba por el paseo del Prado, con sus banderas rojas, con sus ternos dominicales... ¡qué hermosura! ¿Las exposiciones que yo quería ver? Ya las había visto, y ya me acordaré de ellas, gracias a mi memoria. A ver...

Gloria Torner

Gloria Torner es santanderina... mejor dicho, montañesa, puesto que los naturales de aquella tierra son más naturales de las brisas de la montaña que de los aires de la ciudad, según la convención establecida. Pero hasta tal punto es santanderina, que las brisas marineras se le introducen hasta su estudio de pintora, aunque esté lejos de sus playas y de sus puertos. Por su estudio se cuecen las brisas mari-